



Hojas de herbario y otras cosas

MANUEL DE TERÁN

Este texto se publicó por primera vez en el *Homenaje a Julián Marías*, coordinado por Fernando Chueca Goitia, Enrique Lafuente Ferrari, Rafael Lapesa Melgar y Manuel de Terán Álvarez, Madrid, Espasa-Calpe, 1984, págs. 681-699.

[683]

Heliantus annus

Hermosura, de luz de domingo al mediodía, la del girasol. Alegría de fiesta campesina, cuajada en hartura de cosechas. Calor de tierra morena, crujiente como hogaza de pan sacada del horno. Sus amarillas lígulas, saltan al aire como salpicaduras de una brocha cargada de espesa pintura, o las banderolas de un molinillo agitadas por el viento en torno a la cabezuela en que se aprietan, dándose calor, mil florecillas cuyo amarillo se toca de carmín. Es la imagen de un sol dibujada con lápices de colores por la mano de un niño, en la que sólo hubieran sido olvidados por falta de continuidad en el esfuerzo, el trazo figurativo de los ojos y boca.

A tanta belleza y majestad sólo corresponde, sin embargo, en el cuerpo de la planta, la magnitud de su estatura, que casi iguala la del hombre. El tallo y hojas, que componen su andamiaje vegetal no guardan proporción de calidad con la del sol, cuyo apoyo tienen confiado. El tallo, no plinto, ni siquiera caña, no acierta, en cumplimiento de la responsabilidad que le ha sido impartida, a conservar erguida la florida pesadumbre, que cuelga en actitud pensativa. Pero no explotemos indebidamente esta formal apariencia. Nada hay en la faz del girasol, que nos autorice a atribuirle un trasfondo de intención escogitante, pues si esta carencia no debe ser deducida, como obligatorio corolario, de su dorada hermosura capitular, tampoco es obligado suponer que toda cabeza que se inclina, lo hace con carga de pensamiento. Todo es plana inocencia y simplicidad en esta cabeza de gigantón de feria aldeana, durablemente sonriente.

A la inusitada dimensión de sus flores, añade el girasol otra sorprendente singularidad, la de girar mirando al sol, retorciéndose el cuello para no perderse ninguna de las fases de su carrera, tal vez pensando que se trata de su propia imagen, reflejada en la charca azul del cielo, pues el girasol es tan vanidoso como un pavo real.

El girasol no es planta cortesana. Su tierra solariega no es el jardín, sino la huerta;



sus amistades son la escarola de hojas rizadas en farolillos de verbena, el pimiento de escandalosos arreboles, la col chata y maciza...

[684] Aún hay más en el girasol. No todo fue derroche, lujo de color y canto de cigarra, en esta planta dócil y doméstica, a pesar de su arrogancia. Cuando la calvicie, al final del verano, monda su rubia pelambreira, resulta que en las humildes florecillas de la cabezuela —que no habían perdido su tiempo—, las semillas se llenan, como odres después de la vendimia, de una dulce sustancia oleosa, que las hace dignas de una suerte más noble que la de su masticación.

Con todo, y pese a lo que diga el hortelano y lo que digan los tratados de mercología, en los que el girasol aparece clasificado entre las plantas productoras de materias oleaginosas, la razón primaria de la planta, la que empuja y exalta, la brasa de hermosura y alegría que arde en sus flores, no es la utilitaria acumulación de grasa en las alcuza de Marta, sino la rotunda y jubilosa afirmación de un color, la realización de una versión propia y original de uno de los colores del espectro más repleto de significaciones.

El cardo

I

No hay en nuestros campos plantas mejor armadas que los cardos. Dentro de la familia de las compuestas, los cardos forman un clan en el que militan especies diferenciadas por la magnitud, forma, singularidad y eficacia de su armamento, con el cual se podría organizar un museo de arte militar.

De estas especies ninguna aventaja en arrogancia, porte y bélica dotación al cardo borriquero. Armado de punta en blanco, su tallo y hojas son a la vez arnés defensivo y proyección de aceros agresores. Empieza por las hojas del pie de su tallo, en las que se cobijan algunas humildes plantas que constituyen su servil clientela, y sigue con la regular y alternante defensa de los flancos hasta la flor, de que cuida una leal y escogida guardia pretoriana de brácteas espinosas.

II

A la vista de este lujoso despliegue de agudos y acerados filos no puede menos de considerarse con alivio, en los beneficios de la inmovilidad del vegetal. Pero este alarde de agresividad hace pensar también en el misterio de su finalidad y servicio, que no acertamos bien a comprender. Pues nuestra representación del vegetal, quiere para éste confiada ternura e inerme entrega, como la del niño y la mujer en cuya mano repugna imaginarse la empuñadura de un mortífero artefacto.

III

Nacido en los finales del invierno, para el tiempo en que maduran las mieses ha de



1904 - 1984

estar armada su fortaleza. Vida breve y condensada, de constante vigilia militante. Cuando al fin del verano la planta se agosta y deseca, aún conserva el [685] porte de un viejo castillo en el que el tiempo desmocha torres, derriba muros y trunca almenas. Pero entonces, prendidas las semillas maduras de los hilos sedosos de los vilanos, impulsadas por los vientos se dispersan estratégicamente en guerrillas por los campos y agazapadas esperan hasta los primeros soles y aguas de la primavera para su nueva campaña de conquista y colonización. Pues el cardo codicia la buena tierra labrantía, que el campesino ha de defender con tenacidad, rechazándole hacia los márgenes del sembradío y los eriales, de los que se adueña con envidioso rencor.

La ortiga

Los dientecillos del borde de su hoja, buenas como motivo para el bordado de un tapete de mesa de camilla, no carecen de gracia.

Su apariencia es la de una hierba marginal y modosa, recatada en rincones de sombra y soledad, como aparentemente, también, el fino vello que cubre sus tallos y el envés de sus hojas, es suave y caricioso.

Nadie hubiera reparado en su gracia o desgracia y sería una hierba olvidada y anónima, si no fuera por la inesperada e inolvidable experiencia que de su maligna agresividad hicimos cuando niños, al aventurar la inocencia de nuestra mano o nuestras piernas desnudas en el trato de su follaje.

Ni nos atrajo con la hermosura colorida de sus flores o la promesa azucarada de sus frutos, ni nos amenazó con la punción dolorosa de sus espinas. Nos dejó andar confiados entre su blando follaje, sin que advirtiéramos la inoculación de su veneno, hasta que se hizo en nuestra carne dolorosa desazón.

Fue entonces un descubrimiento del dolor y del mal, de las torvas e inexplicables potencias hostiles que acechan nuestra vida.

Entonces aprendimos que el mal puede disimularse en la humildad y mansedumbre de una hierba, como aprendimos a quemarnos las manos en la llama con la que quisimos jugar, y a herirnos con el filo, brillante y delgado como hilo de plata, de una cuchilla, y a saborear la amargura del fruto que nos fingió el gusto de una jugosa dulzura.

Porque todo el ingenio de que otras plantas usaron en la labra y calidad de sus hojas, en el repujado y esmalte de sus flores o en la fábrica de sus frutos, los gastó la ortiga en la compostura de un sutil y alevoso artificio, hecho de finas agujillas, que sin resistencia penetran en la piel más blanda y delicada, en la que inyectan al quebrarse un ponzoñoso ácido.



1904 - 1984

Nada parece justificar la conducta de esta hierba malintencionada. ¿Pues qué tenía que defender, ni qué agravio que vengar? ¿Qué significación tiene en el concierto y orden del mundo natural, la cualidad que especifica y da relieve a su personalidad? ¿Quién sembró su semilla? Y ¿quien puso en ella esa pasión inútil de agredir? ¿Es que existe un hacedor del mal, procreador de las criaturas malignas? ¿O fue la suya torcedura de ánimo que no estuvo en su hechura original?

[686]

La sandía

Si las dimensiones de cada fruto guardaran proporción con las de la criatura vegetal que los inventa y trae a la luz, para la sandía habría que suponer un monumental soporte arbóreo, de tropical talante.

Pero en la sandía, el cuerpo que soporta el fruto es una hierba blanda, sin tronco ni leño, con zarcillos trepadores de que no hace uso, obligada a vivir acostada sobre el suelo para apoyar el peso de los frutos que pese a su figura de globo de goma, henchido de oxígeno, descansan en la tierra incapaces de levantar el vuelo. ¡Qué sorpresa sería para esta frágil criatura el alumbramiento de tan espléndido y gigantesco fruto!

Toda la planta se reduce a un cordón umbilical que ata el fruto a la tierra y al cabo del cual imaginamos un niño de mofletudos y congestionados carrillos, que con el sople esforzado de sus pulmones mantiene tenso y henchido el volumen del globo.

Su volumen esférico vale más para representarnos la forma de la tierra que la naranja, que para ello sólo es un satélite. Como la tierra también, su superficie está hecha de una dura costra litoesférica de verde y pulido material.

Partida en dos hemisferios sobre la mesa, la sandía nos descubre ahora todos los secretos de su espesor e intimidad; un corazón estrellado, casi palpitante, de escarcha roja, olorosa a sales marinas, en la que anidan, con brillo y dureza de azabache, las semillas; una imagen de acuario y mundo submarino.

Tres modos de arder

I. El cigarrillo

El cigarrillo es un objeto hecho para arder. Todo el trato dado a la hoja del tabaco, desde que aún verde se la arranca de la planta, persigue como perfección del cigarrillo su más fácil y alegre combustibilidad. Pues si la combustión es torpe o discontinua el cigarrillo sufre como un motor mal construido o una gacela coja. Un exceso de facilidad combustiva, puede, también, ser índice de vacuidad y frívola



consistencia. Mejor calidad denota la combustión lenta, indicadora de una escondida y disimulada resistencia.

Para el fumador, el cigarrillo es un objeto que arde y que se aspira como remedio del tiempo vacío o por causa de sus virtudes estimulantes. Pero el cigarrillo que sobre este punto no fue consultado, ni dio su asentimiento, hecho, en el todo y cada una de sus partes, para arder quiere que una vez encendido se le abandone a su propio aire y suerte, arder con voluptuosidad no interrumpida, ni [687] acelerada, de punta a cabo hasta quedar reducido a unas madejas de humo y un montoncillo de cenizas que, apagada su lumbre, se separen como el alma y el cuerpo.

De aquí su sobresalto cuando el fumador aspira los gases de su combustión y aviva su lumbre, acelerando su marcha, y el triste fin del cigarrillo que deja de arder con los ojos abiertos, la tristeza de la colilla estrangulada, cuando el cigarrillo, inacabada su carrera de humos, deja de arder de modo violento.

II. La vela

Objeto hecho, también, para arder es la vela, pero para arder con luz. Un cilindro de cera alto y delgado, cuya alma es un hilo de estambre que hace de luminosa cabeza sobre unos hombros redondos. Es como la médula espinal que se expansiona y enciende en el cerebro del hombre.

Encendido el pabilo, la vela arde con una luz roja y amarilla producida por la combustión de la cera, de la que se impregna lenta y calladamente. Parte de la cera fundida resbala y acaba en informe y grosero hacinamiento, pero si la vela está bien hecha, la cera debe arder y consumirse en luz sin humo.

Es un vivir desviviéndose. De arriba abajo hasta que la llama flota sobre los últimos restos de la cera fundida. Entonces la vida de la vela se extingue dramáticamente en forcejeo de agonía y agitado tránsito de muerte como la de un animal.

III. El leño

El leño empieza a arder con resistencia y desgana. Tanto mayor es cuanto menos seco, mayor el diámetro de la rama cortada y el espesor y más prieta la trama de sus tejidos. Pero al lento desperezo, sucede, después, el salto arrebatado de la llama, su loco y frenético manoteo, la furiosa acometida de animal salvaje o agua torrencial. Un arder apasionado con ansias de propia consunción e incendiario afán de contagiar su fuego enjaulado entre losas del hogar.

Cuando extenuado, se derrumban las torres de su fiebre, su vida aún se prolonga en ascuas de lumbre en retirada bajo las cenizas, hecho, ahora, dulce y tierno calor



1904 - 1984

de vida encauzada que se encamina hacia la muerte.

La bandeja

La bandeja se inspira en la disposición de la palma de la mano, que ella desarrolla y orquesta, ampliando sus márgenes como una onda de mayor radio y alcance, puliendo y tensando su superficie, relevándola con crecida eficacia en su quehacer de sustentáculo y basamento en que las cosas descansan y se ofrecen.

[688] La mano que se tiende abierta, vuelto al suelo el dorso y desplegada la palma, no vuela al encuentro y abrazo de otra mano; no es la mano que se da, sino la mano que se alarga con la intención de una ofrenda, y el objeto ofrecido y dado no se da en la mano, aprendido en ella, sino posado en la palma, suelto y libre para su aprensión por otra mano.

Este es el motivo inspirador de la bandeja, el que ella confirma y nutre de significación, el de amortiguar la directa transmisión de mano a mano del objeto, actuando de pausa distanciadora entre la mano que ofrece y da, y la mano que acoge la oferta. La bandeja en este diálogo se introduce como un tercer personaje mediador, con lo que la relación entre los dos primeros se desplaza a otro plano en el que la distancia y su graduación califican los vínculos y dependencia que unen las personas y cosas.

Para posar sobre las cinco yemas terminales de los dedos, sus dimensiones y peso han de guardar proporción con la fuerza de la mano, rebasando sus naturales medidas cuando tamaño y peso exigen la concurrencia aprensora de las dos. De aquí también la conveniencia de evitar la sobrecarga ornamental, de disciplinar su ornato hasta reducirlo a un rizo de espuma o temblor marginal de agua, continencia y sobriedad exigida por otros motivos. Pues habiendo de servir para apoyatura y basamento de las cosas que se ofrecen, su plana superficie debe subrayar las excelencias de lo que en ellas posa como el cáliz de la flor renuncia a posibles galas para que resplandezca la belleza de la corola, y como el basamento de la columna reduce sus molduras, dejando al capitel el lujo de la forma. Hecha para apoyar y servir, como el basamento responsable del vuelo y seguridad de la columna, el único lujo que a la bandeja conviene es el de la calidad y nobleza del material en que se forja.

La veleta

El herrero que la forjó a golpes de martillo y cincel en una chapa de hierro abrasada le dio forma y decidió su destino. Una flecha apuntando al horizonte en la que posa vigilante un gallo. Flecha que no se dispara, gallo que no canta ni alza el vuelo.



1904 - 1984

Siempre despierto, el gallo, a pesar de su pasmo y quietud en los días de calma acecha con finura y agudeza de vista y olfato el más leve y disimulado movimiento de los aires, al que responde con el repentino sobresalto de su figura. Su voluntad y reprimido deseo serían entonces el levantar el vuelo, así como los de la flecha el disparo hacia un punto que ella sólo vislumbra y distingue. Pero el genio de la fragua que los forjó, contrariando la voluntad de su forma, los ató a la aguja en que culmina el campanario, no consintiéndoles más que el girar con el viento, señalar la dirección de su paso, el registro pormenorizado de sus inquietudes, de sus arbitrarios cambios de humor, de la inconstancia de sus amores.

Cautivos gallo y flecha, en frenética y convulsiva agitación unas veces, tensos, [689] casi parados, cogidos en un soplo de pasión sostenida otras, los vientos que los mueven, avivan como si soplaran en una brisa los deseos de libertad y vuelo que atesoraron en las horas de calma y sueño, alzando hasta sus labios el agua que les está prohibido beber.

El almendro

Acogidas a un desmayo de los fríos invernales, que adelgazado su espesor se hacen de menos gravedad, con precipitación e impaciencia, despiertan las flores del almendro, como un rubor de nieve, una emoción que no supo domeñar, subida en vuelo de sangre, hasta flotar sobre la piel, desde el latido acelerado del corazón.

Tantas y tantas flores en cada árbol que no se pueden contar; innumerables como arenillas en el viento o gotas de humedad condensada en nubes. Sueño que despierta con estupor de pupila sobresaltada por la luz, flores brotadas de la tibia savia vegetal cuya primera sensación es la del niño recién nacido: el frío y el asombro, un mirar sin ver, como fueron las primeras horas del mundo cuando el sueño caliente de la materia empezó a cuajar en formas cercadas por el frío.

No son más que un instante en la vida de los campos. Tan efímeras que ya dejan adivinar los caminos de su fuga y los contornos de su ausencia. Un instante expresado por miles de blancas corolas, temblorosas apenas posadas en la rama. Explosión de vida que dilata el ser del árbol y la tierra, ensanchando sus contornos para dar paso a más y nueva vida, como la emoción dilata los contornos del alma para hacer camino a nuevas expansiones del espíritu. Pues la vida del almendro que empieza en un impulso emocionado de amor, en flotante nube de gracia y sensaciones es luego lenta y reflexiva maduración de frutos, condensación en sentenciosa sabiduría de jugosas esencias.

Vísperas de resurrección

Cuando en las tardes de verano, reseca y alucinada por el calor, la madera de los muebles cruje, nos imaginamos los movimientos de una osamenta al desperezarse



en vísperas de la resurrección de la carne.

El arado

I

Hombre, animal y herramienta concertados en un mismo coro de afanes y trabajos; solidarios y responsables del mismo quehacer y obediencia que los hace y revela. El protagonista es el arado, convergencia de esfuerzos en un vértice del que mana la significación que tensa las dos rectas del ángulo.

[690]

II

Lo demás son accidentales variantes. Las tres piezas sustanciales que hacen la herramienta son: una larga y tendida viga de madera, combada en uno de sus cabos, atada por el otro al yugo que unce la pareja animal (bueyes de andar lento y cachazudo, mulas de largas y ligeras patas), la esteva o palanca en la que el labrador apoya su fuerza y decisión, y la reja, brasa viva de acero que cuajó en cuento de lanza, brillante, aguda, combativa, segura de su finalidad y vocación.

III

En la tierra que cava, el arado se mueve con la grave serenidad del ave en los aires, del navío en el mar. El viento, es la fuerza mansa y sin desmayo continuada del animal, fiel a la servidumbre de la vela, y el labrador el piloto que gobierna la maniobra.

Navegación sin puerto de arribada, viaje una y otra vez repetido, de lindero a lindero, cuyo destino es la estela que en el suelo queda y dura, grabada en surcos con sosegada y discursiva rectitud de rima asonantada; la remoción del terruño endurecido, vuelto a inteligencia y alegría de campo, entraña que late, pecho que respira, generosamente ofrecido al amor del aire y de la lluvia.

IV

Apoyado en la esteva, tenso como vela en el viento, desplegadas sus energías y voluntad, el labrador, obedientes sus movimientos a los de la reja que corta la tierra, piensa y quiere con el arado, hecho conciencia suya, gozándose en un quehacer querido desde la hondura de su ser. Hombre y arado acordados en un mismo amor y obediencia que los hace florecer.

La botella

Limpia de adherencias, brillante su tersa superficie, caída la cartela con la letra



impresa, la botella descubre la erguida desnudez de su figura. Qué acertada expresión, justa y atinada la de su acabada forma, que no deja margen a réplica y añadidura, en la que nada queda por decir, como en el fruto en que no quedó porción por madurar.

Botellas hay de atlética contextura, de hombros rotundos y erguidos, carnalmente redondeados por la presión de la vida en el vidrio aprisionada. Y otras, de hombros desmayados, sin cesura ni flexión en la línea, que al adelgazarse [691] el volumen, acaba en la angostura por donde la savia ascendente quiere derramarse liberada de su quietud y continencia. Dibujo de ejemplar elegancia que copian las figuras de Modigliani.

Forma de inocente y elemental pureza, de conclusa perfección originaria, lograda de un certero disparo, sin titubeos ni rectificaciones, al mosto informe de la cuba la botella presta contorno y distinción especificadoras, como a la pulpa jugosa de la fruta la envoltura por donde se asoma a la existencia.

Un banquillo de madera

Un banquillo de madera largo y estrecho, enjuto y flaco como perro sin amo. Medio cilindro de madera, sacado de un leño rajado de arriba abajo; plano y descarnado el lomo, sin labrar, apenas descortezada la curva panza en la que las patas se hincan. Con la torpe figura de un animal descabezado; dibujo balbuciente en carbón sobre un muro, trazado por la mano de un niño cuya mente vaga aún en un mundo sin expresión, ni contornos. Más simple que la cayada del pastor, que el puchero de barro y la sogá trenzada de esparto. La más pobre y humilde de las cosas del hogar. La que con menos amor y pena fue engendrada. Pasmado sin risa y sin domingos. Un día acabará en el fuego y entonces conocerá la alegría de volver al destino del leño, del que sólo a medias y con desgana fue sacado.

Lo que sufre el campo

Las cosas que sufre el campo. El hielo que pasma la tibia pulsación verde de la hierba y endurece la blanda porosidad del terruño sembrado; el cerco y la angostura de la sed que ciega los brillos y alucina los horizontes en los estíos de las altas fiebres; la renegrada costra cuajada en la quemadura del rastrojo; el tizón que crispera la paz dorada de las espigas; la trágica figura del árbol mutilado a cuya desesperación se asoma la huérfana inocencia de un brote; la cortadura en carne viva, abierta a pico y pala, en el costado de la colina; la charca ciega en la que dejó de mirarse el cielo...

Las cosas con que sufre el campo. La osamenta descoyuntada, amarillenta, descarnada del animal que se dejó morir sobre la tierra; una bota deforme e hinchada, desgajada la suela, roído el cuero; una lata vacía e inútil, herrumbroso el



brillo, abolladas las planas superficies, cortantes las fauces contraídas...

Oscuro mensaje de dolor y protesta de las cosas muertas, cuya miseria mancha la tersa frente de los campos. ¿Por qué ciegos caminos de azar e indiferencia rodadas y traídas? Incomunicables con su contorno, con la vida y la muerte de los campos. Muerte sin tierra, sin sombra, sin sueño y sin cenizas. Dolor y protesta de las cosas muertas, prolongando y agotando sobre la tierra su duración de muerte. Irreconciliables y cerradas en su torva reserva resentida que los campos no aciertan a entrañar en su ternura.

[692]

Un arco de piedra

¿En qué día hizo Dios el arco? Porque el arco criatura divina más que humano ingenio parece. Tanta es la justeza con la que sus partes se avienen y conforman para hacer su tarea y lograr lo que es propio de su perfección. Tan espontánea y necesaria su obediencia al pensamiento de su hacedor, como el movimiento de las estrellas en el cielo.

Aparejada en arco, la piedra inerte, rígida, grávida, se curva y vuela. Encarnada geometría de rígidas tensiones, henchida de energías sofrenadas. Un coro de estrellas de unánime gravitación.

Comprometidas en el vuelo de un medio anillo de piedra labrada las dovelas, acuñadas unas en otras, apretadamente solidarias, su resistencia quiebra la implacable acometida de la fuerza que las manda caer a tierra, como el cantil desarma la embestida de la ola.

Por el costado del arco, de dovela en dovela, desciende hasta quedar en el pilar que le da apoyo uno de los brazos de la fuerza domada, en tanto que el otro se vuelve hacia el centro de convergencia que a todas las dovelas solicita y ata y en cuya referencia se abren y ordenan como la expresión visualizada de un haz de fuerzas.

Abrazadas, unánimes en un mismo empeño, cada dovela es responsable del equilibrio de las demás y de la hechura y destino del arco entero, como responde cada grano de la total compostura de la espiga.

Atención sostenida sin pausa ni desmayo. Tersa pupila abierta que no empaña un instante de sueño. Crispada serenidad y pasión muda. Voluntad que ensalza y hace vivir la piedra, como la que propulsa el ánimo y sostiene su decisión de resistir y prevalecer contra los ciegos poderes que conspiran por deformar y abatir su fortaleza.

El surtidor



Así hubiera querido ser la palmera; así estuvo a punto de serlo cuando niña, aún no crecido y cuajado el tronco que hizo de ella un plumero vegetal.

Un chorro de agua proyectado con decisión y energía hacia la altura, con la aspiración de remontar el camino por donde la lluvia la trajo del cielo; abierto al debilitarse su fuerza en un haz de varas cristalinas, de creciente finura y temblor, que acaban por combarse, reducidas a la obediencia y disciplina contra la que se rebelaron.

Cada varilla, el camino recorrido por una sucesión de miles de gotas, apoyadas las unas en las otras. Cada gota impulsada por la presión impaciente y más vigorosa de la que le sigue, que pretende desbordarla para alcanzar la cima en la que sólo las alas que no tiene podrían apoyarla y asegurar la continuidad de su vuelo. Entonces, en un desesperado y último esfuerzo, salta al aire, desprendida [693] del penacho tembloroso de que hacía parte, para caer rendida sobre el mármol de la fuente.

Fue un raptó de alegría y vuelo gozoso, la flor de un instante no repetido, a la que fue ensalzada, para volver a la durable realidad de la quietud de la alberca o al pasivo fluir, dócil y obediente a la norma de su condición y movimiento, apegada al suelo sobre el que quiso alzarse.

El diamante

La concisa brevedad de su notación química, nos confirma lo que ya nos advirtió la pureza de su cristal, que el diamante es un cuerpo de rigurosa y unitaria simplicidad, carbono puro en forma cristalina. Luego, si cogido en la mano, apagados sus brillos, lo juzgamos por lo que tacto nos dice, resulta un cuerpo denso y duro, con dureza que conocemos acreditada y contrastada, que el diamante raya a los más duros cuerpos y no se deja rayar sino con la ayuda de otro diamante, cuya talla pone a prueba la energía del pulso y la destreza del artesano. Por su dureza es el diamante el más herético de los seres minerales, incomunicable, impenetrable a la tierna insinuación húmeda del rocío que cala la superficie de la piedra, indiferente a la presión del frío y del calor. Y sin embargo, el más acogedor a las solicitudes de la luz que sorbe con frenético goce de entrega y posesión, exaltada y crecida en su claridad, rechazada unas veces en brillos y destellos, atraída, otras, a su intimidad, multiplicada su energía iluminativa, como si el diamante defendido por la brillante dureza mineral de sus planos y aristas, recogido en ascética y esquiva soledad guardara su pureza para luz que en él se hace estrella de palpitanes fulgores.

Más duro que el acero el diamante, pero frágil. Al golpe del martillo o la presión que quiere deformarlo, sin flexibilidad acomodaticia, responde con la fractura de su trama, como el animal que se da muerte por no aceptar la servidumbre.



1904 - 1984

Reacción no sospechada del cuerpo más duro y resistente, que a todos los cuerpos raya.

Y más insospechable aún, es que el diamante es una atmósfera de oxígeno puro, es capaz de arder como una brasa, a la manera del carbón del que sólo su aristocrática pureza le distancia. ¿Es que ésta era su íntima y guardada vocación? Con que su luz apretada y densa, henchida de incandescencias, sus altos y vibrantes fulgores, más que luz serían brasa de amor, sólo saciada cuando consumido en su fuego, queda en fino polvo de ceniza. Vocación sólo realizada en experiencias de laboratorio poco prodigadas.

[694]

La hoz

I

Es la hoz, la más ligera, fina y ágil de las herramientas que el hombre maneja en su trato con el campo. Una delgada lámina de acero de aguzada punta; una curva parabólica; afilada una de sus márgenes, rematado el filo en una delicada sierrecilla de dientes apenas perceptibles. Diríase un instrumento de combate, sable curvo, alfanje o cimitarra. Quien no conociera su significación y destino, se encontraría fácilmente dispuesto a catalogarla como pieza de un museo militar o de bélica etnología.

Arte de paz, hecha para la siega de las mieses granadas, la hoz posee sin embargo una singular eficacia para caracterizar un tipo humano, una especialización campesina, la del segador, en la que concurren algunos rasgos y cualidades que no dejan de tener afinidad con los del soldado.

II

Es el tiempo de la plenitud dorada de las cosechas. Porque la tierra fue removida y labrada, porque el surco recibió la semilla y porque el sol y el agua acudieron a la llamada de la sembradura, la espiga es ya promesa lograda de panes, apretados, tensos, duros, brillantes los granos que guardan en seguridad y belleza la blanca y harinosa pulpa. Todo el campo es ahora una espiga de sol y de miel.

III

Pero cuando la hoz que el segador empuña en su mano grande y ancha, salta como un relámpago, se nubla la gloria de los campos, y su paz se tensa dramáticamente.

Desplegados en línea de combate, acordado su ritmo, dictado sin voces de mando, por la devoción exigente del trabajo bien hecho, los segadores avanzan como proas



en el mar cuyo oleaje abaten. Curvados como la hoz, para proporcionar su estatura a la de la mies, en tensión esforzada todos, absolutamente todos, sus resortes físicos y morales, una sola idea llena todos los poros de su pensamiento, la de vencer la resistencia de los tallos endurecidos que arrimados unos a otros descubren que la fuerza hace la unidad, la de calcular en cada momento la proporción de la gavilla que sujeta la mano y la altura, vuelo y fuerza del corte. Tiempos son para la mies, de pasión y trance de agonía, de derrota y abatimiento hasta dar en la chata aspereza de los rastros.

[695]

IV

Recobrada la verticalidad de su figura, árbol solitario, erguido sobre la desolación del trigal abatido, el segador otea en su derredor hasta adquirir la seguridad de que su trabajo fue acabado y consumado el sacrificio de la mies. Después, cargado de sol y de fatiga, lento y callado, deja el campo como el mercenario que no tiene parte en el botín y en los honores de la victoria. Queda para otros la gloriosa resurrección de la espiga segada, destilada en leche y harina, amasada en el pan que da vida a los hombres.

Un leño humano cuya savia oculta una rugosa corteza de áspero y candente rastrojo, una elemental energía cuyo despliegue ha terminado, enrollada ahora como una bandera, en retorno a su originaria humanidad, como el agua desbordada vuelve a su cauce.

Arpa eólica

Altos, secos, desgarbados, dejados de belleza, regularmente espaciada su andadura, en cuerda de presos-anudados por un cable metálico, los postes telegráficos a la vera del camino o en travesía de los campos. Patético desfile de calladas y estólicas figuras fantasmales.

Cruel destino fue el de los árboles más altos, rectos y hermosos cuyo fuste fue sustentáculo de vegetal arquitectura desplegada en vuelo gozoso de ramas y follajes ahora amputado, descortezado, esqueleto mutilado.

Y si las tensas ataduras metálicas son pulsadas por la mano de bronce de los vientos, como las cuerdas de un arpa extraña y gigantesca, su temblor llega hasta la entraña reseca de los leños de cuyo silencio se alza un ciego cantar de marcha de forzados, sin lamento ni rebelde protesta, de pena plomiza y dolorida pesadumbre.

Guadarrama

I



Lo primero es un volumen azul que, reblandecido en bruma, posa sin pesadumbre, tierno y poroso, sin aristas ni planos, movedido el contorno como al respirar dormido el pecho de una muchacha.

También, así y ahora, desde sus altos miradores la montaña sueña a la ciudad como un volumen rosa, vagido de luz en la distancia, tibia blandura carnal a la que apenas asoma la vida acogida al corazón.

[696]

II

Luego se hace el viento que siega la bruma y la distancia se aclara en aberturas de cristal sin sueño. Entonces el paisaje despierta, tensa su nervadura, endurece sus músculos y su color sube a brillos de pupila. El paisaje se sienta en contornos, aristas y planos, cuaja en volúmenes de peso y dureza, color y figura, dueños de sí mismos, resueltos, resistentes e intraspasables. Entonces también la montaña es un volumen azul, pero de mineral dureza y maciza gravidez, anclado con decisión en el horizonte, un diamante azul, cuyos filos rayan el cristal del cielo.

Prodigios de la luz conceptuadora de las cosas, especificadora de su nunca repetida y relampagueante individualidad.

III

Pero si quitamos la distancia, y nos instalamos en su espesor, la montaña, ya no es un volumen azul. El azul se recoge en las alturas y como el ave que ventea la proximidad del cazador levanta el vuelo, huidizo de cumbre en cumbre, inaccesible a la comprobación de su real adherencia y compenetración con la piedra.

Ahora la montaña se rompe ante nuestros ojos como un cántaro y escapa en un torbellino de formas menores: barrancos y hoyadas, torrenteras y despeinados canchales, como la palpitación parada del agua del mar convertida en una estrella de incontables e inmóviles fulgores. Pero también el mar si no viviéramos más que la pequeñísima fracción de un segundo sería la quieta ondulación de una rígida plancha de cristal rota. Y también la montaña se mueve, vive y respira, cuando lo que la distancia acertó a resolver en un integral azul se disuelve en un montón de imágenes insolidarias, en apasionada multiplicación de instantes y accidentes.

IV

Ahora, de cumbre en cumbre, en porfiado tanteo de luces y distancias, en sucesión alternada de lejanías integradoras y apretado cerco de distingos, volvemos a recuperar la unidad de la montaña, que se hace montaña como el bosque se hace



bosque, cuando los árboles se eslabonan y trenzan en una trama de expresión unitaria. La montaña adquiere consistencia y volumen: un prisma gigante de granito, mordido por las aguas y los hielos, plantado sobre un plinto, con su pie enterrado en las arenas. Un monolito de sana pujanza y fortaleza, con sencillez de rima de romance y formas de elemental geometría, partiendo aguas y cielos, decretando en torno suyo sosegada horizontalidad de paisajes, fidelidad y disciplina de cosechas, soledad de páramos ermitaños, vida surcada de sol a sol con techo de estrellas, duración y entrañamiento, inocente y segura confianza de las cosas en las fuerzas que ordenan y protegen el mundo.

[697]

La amapola

Las flores de la amapola se encienden con la súbita novedad de una sorpresa, de una improvisación cromática, aguda y chillona, como un toque de clarín en la paz bien concertada de los verdes de la sembradura.

Cuando el capullo cede a la presión de la vida crecida en su intimidad, se rasga por su base; los dos sépalos del cáliz se separan como las valvas de un molusco y vacíos de contenido y utilidad son abandonados por la flor.

Entonces gozosa y apresuradamente, saltan a la luz, desplegados, los cuatro pétalos de seda turgente y brillante, en un alarde de prestidigitador que agranda y multiplica el diminuto pañuelo encerrado en un estuche verde.

Más que color lumbre, más que lucen arden las flores que si juntas en una brazada deslumbran y ciegan los ojos.

Su vuelo, aún más breve y fugaz que el de la rosa, como más alta también su temperatura, no acaba en ceniza sino en coágulo de sangre que deja de latir y se ennegrece.

Rápida es también la marcha hacia la madurez de la planta, que con ventaja sobre la espiga del trigo hace sus frutos, hasta quedar reducida a un fino alambre vegetal que da pie a la copa de madera que guarda las semillas. Luego la brisa que husmea entre los trigos, descubre en el fruto maduro un temblor de sonajero y siguiendo su juego derrama las semillas que toman posiciones en la tierra antes de la siembra del grano, asegurando a la amapola otro festival de primavera.

Para el labrador, cuyos juicios de valor no suelen coincidir con los del poeta, esta hija pródiga del sembradío es una mala hierba cuyo exterminio debe implacablemente procurar. Pero la amapola, inseparable del trugal como el gorrión, sabe aguardar agazapada en la tierra y burlar la escarda y la hoz, para repetir una y otra primavera la explosión apasionada de sus flores.

La magnolia



La magnolia en flor es una lámpara de aromas. Su fragancia, enérgica y pujante, no sólo por el olfato percibida, tiene la calidad e impetuosa radiación de una antorcha que enciende y deslumbra los sentidos.

Prendidos en esta mágica radiación, todo lo que del árbol y la flor alcanzamos a ver sólo ha de ser inspirado por su aroma. Árbol y flor, sin embargo, corresponden en su armazón y ornato a la excelencia de su radiación. Grandes carnosas, de sencillo modelado, sus flores engastadas entre las hojas duras, brillantes, con brillo y dureza casi mineral, de lámina de jade por su haz, opacas de cobre viejo por su envés; las hojas prendidas en un árbol cuyo porte y magnitud son los que la flor requiere, proporcionados a sus dimensiones, de modo que no sufra mengua su grandeza ni ostente gigantesca demasía.

Abiertos y desplegados los cinco grandes pétalos de la flor, forman la concha [698] de un surtidor de polen, carnosos y cálidos, con suavidad de piel de doncella y delicada porcelana, carnal y fragante porcelana con aroma en que se mezclan esencias de azucena y limón y que majestuosa e imperiosamente domina al de las otras flores del jardín, cuya figura borra y confunden con el suyo sobre el que flota como una densa nube incandescente.

¡Magnolia, rosa extrema, pleamar de verano, exaltada pasión vegetal, que transfigura en oro de aromas los jugos y soles de la tierra!

El espejo

Cristal y plata unidos como la piel a la carne por el calor de una misma vida. Una lámina de cristal de pura transparencia, quieta y tendida agua de alberca, llena hasta los bordes de plata, encendida y brillante. Con tal simplicidad de composición, lo que el espejo hace y dice más que a su material corporeidad habrá que referirlo a la magia de su espíritu.

Porque el espejo, no se limita a reflejar con fiel exactitud imitativa lo que son y le dicen las cosas que a él se acercan. A las cosas que acoge en la hondura de sus aguas, el espejo conduce a una nueva calidad, más ágil, fina y transparente, ensalzada su personalidad e introducida en un clima de cristal y mármol, sonoro y brillante, con la claridad precisa y frágil de la abstracción, tocándolas de irrealidad y estancándolas en distanciamiento y pureza.

Tiempos hubo que supieron comprender las virtudes poéticas del espejo, con salones generosos de espacio en los que el espejo relevó al lienzo pintado en su tarea de figurar la realidad, cautivando en las molduras doradas de su marco el espectáculo bullente y mutable de la vida. Reducido hoy a utilitario y auxiliar instrumento de la vida diaria, nuestro encuentro con el espejo puede aún ser fuente



1904 - 1984

de sorpresa y descubrimiento.

El espejo nos descubre y sorprende con la imagen entera del bosque que los árboles de nuestra propia vida no nos dejan ver, abstraída y decantada en objetividad, recogida en lejanía y soledad, parada la movilidad de su rostro en quietud contemplativa, flotante sobre unas aguas aparentemente quietas, pero que fluyen tan lentas que sólo la pulsación de nuestras venas nos advierten de su fluir.

El ladrillo

Amasado de barro, cocido en el horno. Sus dimensiones, las de una ración familiar, y su forma, proporcionadas a la mano del hombre. Su color y carnal apariencia, son las de un alimento que, como el pan, sacia un hambre siempre viva y renovada.

Humilde cosa, anónimo peón de trabajo, limitado en sus direcciones cardinales por el marco de las horas que recortan su vida diaria, sólo dilatada en la paz y el sol del domingo. Repetido en millones de horas de unánime expresión, en [699] su congregación y apretada hermandad hace el hallazgo de su vocación y razón de ser, trabado en la comunidad del arco y la bóveda, del pilar y el muro, advenido a nueva y exaltada vida como las células vegetales que componen la hermosura y plenitud del árbol y las gotas de agua unidas en la corriente de voz y movimiento.

Nuestros deberes con las cosas

Las cosas que nos rodean y nos acompañan. Sus formas y colores, sus distancias y relaciones, la clara inteligencia de sus voces unas veces, su misterioso mutismo otras, como referencia y paisaje del curso de nuestra intimidad. Cosas que elegimos guiadas por el hilo sutil de una oscura afinidad. Otras que llegaron hasta nuestra orilla por caminos de azar e indiferencia.

Frente a la ventana, la pared que palidece o se tiñe de rubor con el paso cambiante de la luz. Un vaso de cristal para la flor que en algunas horas llena todo nuestro ámbito. Los libros, en cuyos lomos los colores se combinan como en el fondo de un calidoscopio. La lámpara sobre la mesa acogiendo en su luz el libro abierto. El tablero de madera en cuyo fondo renace la vida del árbol. La silla ágil y dócil, como un animal doméstico que se alegra con nuestra compañía. Un trozo de paisaje enmarcado por la ventana que espera nuestra mirada, con una nube que parece siempre la misma. Y esas cosas tan tímidas e insignificantes, tan inseguras de su existencia, fácilmente dispuestas a desaparecer, como los brillos que se encienden y se apagan, en los que la vida y la muerte se persiguen incesantemente.

Cosas con las que hemos contraído callados deberes de fidelidad y simpatía. Que viven de nuestra propia vida, que ven con nuestros ojos y hablan con nuestra voz. De cuyo sentido y pulsación somos responsables, como lo somos de su



1904 - 1984

manuel de terán, geógrafo

MANUEL DE TERÁN

18

endurecimiento y sequedad, de su apagamiento y mutismo; que nos recuerdan y exigen en cada momento la obligación de conservar encendida la clara y alegre vigilancia del espíritu, sin desmayo ni dimisión.